

IRENE ADLER

SHERLOCK, LUPIN Y YO

DOBLE FINAL

LONDRES

NUEVA YORK



DESTINO

Irene Adler

Doble final



DESTINO

Todos los nombres, personajes y detalles relacionados con este libro, copyright de Atlantyc Dreamfarm s.r.l., son propiedad exclusiva de Atlantyc S.p.A. tanto en su versión original como en las traducciones o adaptaciones de los mismos. Todos los derechos reservados.

Título original: *Doppio finale*

© de la traducción: Miguel García, 2018

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2018

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© 2016 Atlantyc Dreamfarm s.r.l., Italia

© 2018 de la edición en lengua española: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Un proyecto de Pierdomenico Baccalario

Una historia de Alessandro Gatti y Lucia Vaccarino a partir de la correspondencia de Irene Adler

Proyecto y realización editorial: Atlantyc Dreamfarm S.r.l.

Diseño gráfico: Iacopo Bruno

Edición original publicada por Edizioni Piemme, S.p.A

Derechos internacionales © Atlantyc S.p.A., via Leopardi 8 – 20123 Milán, Italia
foreignrights@atlantyc.it / www.atlantyc.com

Primera edición: octubre de 2018

ISBN: 978-84-08-19500-9

Depósito legal: B. 20.193-2018

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. Para más información contactar a Atlantyc S.p.A. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



UNA NUEVA VIDA



Los recuerdos son algo extraño. A veces se suceden y se enlazan como los caminos en un paseo sin meta fija, al final del cual se descubre que desde el principio se ha estado yendo a un lugar amado. Si echo la vista atrás, ahora que estoy segura de haber dejado más días a mi espalda de los que pueda vivir en adelante, me doy cuenta de una simple y clara verdad.

En mi vida he amado a pocas personas, pero sí muchos lugares.

Amar los lugares no es sencillo. Entre otras cosas porque a menudo significa haber abandonado los anteriores y haber permitido que nos destrozaran el corazón. Un lugar nuevo, sin embargo, es siempre un misterio que descubrir, un mapa de oportunidades que explorar, un universo que bulle de vidas y de historias. Mucha gente cruza por los mismos lugares día tras día —o, por el contrario, viaja por el mundo entero— con la cabeza gacha, sin ver, sin mirar realmente a su alrededor, sin dejarse penetrar ni contagiar. Sin vivir de verdad. Yo no. Yo puedo decir que he vivido mucho y que he dejado mi nombre, mi toque, mi impronta por dondequiera que pasaba. Si hay algo de lo que puedo estar orgullosa es de haber buscado siempre dejar huella, involucrarme. Aunque no siempre eso haya sido bueno para las personas que la vida ha puesto en mi camino.

Porque con las personas es aún más difícil y, como decía, no he amado a muchas. Pocos pueden decir que me hayan conocido de verdad y a veces la huella

que he dejado se parecía más a una marca, o a una cicatriz. A los más importantes, esos que más me hicieron convertirme en quien soy, ya los conocéis, pues su paso por este mundo es ahora leyenda. Pero poner sus nombres sobre el papel una vez más, después de lo sucedido entre nosotros, siempre me provoca un estremecimiento. Sherlock Holmes y Arsène Lupin. Algunos dirán que fue el destino el que nos juntó.

El hecho es que yo no creo en el destino.

La verdad es que existe siempre una elección, por dolorosa, difícil, loca o desesperada que sea. Las raíces pueden cortarse, tirar al mar los nombres, cambiar el futuro. Solo hay que quererlo y prepararse para afrontar las consecuencias.

Yo lo sé bien, creedme. Nací princesa y crecí rebelde. Tuve tres nombres, más una multitud de identidades ficticias creadas en lo que dura un parpadeo. Traicioné a mis amigos Sherlock y Arsène, abandonándolos a su suerte pero sabiendo que, no obstante, se las arreglarían de algún modo también sin mí. He vivido entre dos continentes y me he dejado guiar siempre por una

sola brújula, por mi personal estrella polar: el deseo de libertad.

Tal vez todo esto parecerán delirios inconexos de una mujer excéntrica con ganas de darse un paseo por el pasado, pero el hecho es que estos diarios son la única pista sobre quién soy en realidad.

María.

Irene.

Agnès.

Y ahora vais a conocer a esta última.

—¡Agnès! ¡Agnès! —exclamaba a menudo nuestra nueva criada, la señora O'Malley. Y yo no siempre volvía la cabeza enseguida, sobre todo en los primeros tiempos en Nueva York.

Es comprensible, dado que todavía me costaba reconocermé en aquel breve sonido. Había elegido yo el nombre, a diferencia del de María, que me lo había puesto mi madre, y del de Irene, identidad bajo la cual había crecido en el hogar de los Adler. Lo primero que

habíamos hecho mi madre Sophie y yo, después de escapar mediante mil subterfugios del complot político que tenía por objetivo ponerme a mí, hija secreta del príncipe Félix von Hartzenberg, en el trono de Bohemia, había sido cambiar de nombre. En la cubierta del *Atlantic*, el barco que iba a llevarnos a nuestra nueva vida en América, un poco riendo y un poco llorando habíamos decidido que seríamos Agnès y Pauline de Givencourt. Gracias a la valiosísima ayuda de mi adorado padre adoptivo Leopold Adler, habíamos podido tomar posesión de un considerable patrimonio puesto a nuestra disposición por los rebeldes leales a la casa de los Von Hartzenberg. Ciertamente, no había sido del todo honesto por nuestra parte utilizar su dinero para mandar al traste su propio plan, pero, después de todo, habían intentado aprisionarme en un papel que en absoluto deseaba. En realidad, si se hubiesen parado aunque solo fuera por un momento a pedirme mi parecer en vez de tratarme como a una marioneta vestida de princesa, se habrían ahorrado muchos fastidios. Leopold, para quien por el contrario siempre habían sido importan-

tes mi opinión y mi felicidad, había buscado la manera de que un complaciente banquero norteamericano nos permitiera acceder a aquel pequeño tesoro. Nada excesivamente principesco, pero suficiente para vivir de una manera bastante holgada, sin pompa pero con todas las comodidades. En nuestra linda casa en el número 14 de Gramercy Park, mi madre y yo teníamos un carruaje y una persona de servicio a tiempo completo, la ya mencionada señora O'Malley. Con mis peripecias, sobre todo en el último año, había descuidado un poco mi educación, pero en Nueva York, Sophie, o quizá debiera decir Pauline, me había encontrado un excelente preceptor. Y también había retomado mis clases de canto, con extrema alegría y mucho provecho.

Nueva York me había gustado inmediatamente, tan viva y compleja, llena de fascinación, peligro y grandes oportunidades.

—¡La Tierra Prometida! ¡Se lo digo yo, señorita! ¡No como ese antro maléfico del que han venido ustedes! ¡Maléfico! —exclamaba a menudo la señora O'Malley, para persignarse a continuación. Era una irlandesa or-

gullosa y vivaz, con una melena clara y un poco estropajosa, de piel transparente. Más que hablar, la señora O'Malley exclamaba, proclamaba, estallaba y voceaba. Detestaba a muerte a los ingleses e Inglaterra, y había reconocido enseguida mi acento como el del enemigo. Sin embargo, al conocernos como exiliadas que escapaban de una situación sobre la cual nos habíamos mostrado vagas, pero que evidentemente nos pesaba en el corazón, le habíamos gustado enseguida. Desde luego, la señora O'Malley no se parecía en nada a las criadas a las que yo estaba acostumbrada, pero sus maneras expeditivas traían una bocanada de frescura típica del Nuevo Mundo. Me estaba enamorando ya de aquel sitio, con su descaro, los teatros de Union Square y aquellas locas representaciones que eran las *musical comedies*, tan distintas de mi amada ópera.

—¿Todavía está ahí remoloneando?! Le he limpiado los zapatos. Y el carruaje... el carruaje lleva tanto tiempo esperando que el caballo se ha dormido de pie. ¡Ya le digo, de pie! —vociferó la señora O'Malley aquel día que recuerdo como si hubiese sido ayer, apareciendo

en la puerta de mi habitación con la cofia ladeada y mis botines en la mano, relucientes e inmaculados. Yo estaba terminando de abrocharme el vestido y, aunque estaba impaciente por salir, me di cuenta de que el temblor nervioso de mis dedos había acabado por hacer más lentos mis preparativos.

—¡Ya voy, ya voy! —respondí recuperando la sonrisa y agarrando los botines. Con ella terminabas repitiéndolo todo dos veces...

—¿Y su música? —me dijo, agitando desdeñosamente un puñado de mis preciosas partituras, que incautamente había dejado desparramadas sobre el escritorio.

—Hoy no las necesito —contesté con una maliciosa sonrisa de conspiradora—. ¡Voy a otra clase de cita!

Le guiñé un ojo y la señora O'Malley volvió a persignarse.

—¡Bendita muchacha, que no sea ese tipo de cita! —respondió aludiendo a algún compromiso romántico, lo que en su opinión era extremadamente inconveniente antes de los diecisiete años, como mínimo.

Obviamente, lo había dicho para chincarla y no era



UNA NUEVA VIDA

en absoluto aquel tipo de cita. Pero he de reconocer que en aquel momento no había nada que pudiera acelerarme el corazón más de lo que estaba a punto de hacer. Saludé a mi madre, que me esperaba abajo, con un beso en la mejilla y un gesto mudo para tranquilizarla, y salí.